

Woronzoff, arrojaron un día sobre él, en presencia de su joven soberano, le maltrataron, abofetearon, rasgaron sus vestiduras y le hubieran muerto á no haberlo impedido, á instancias de Ivan, el metropolitano. Los gobernantes por toda gracia le enviaron á Kostroma desoyendo las súplicas de Ivan, que pedia fuese enviado á la cercana Kolomna.

Estos hechos fueron causa, al parecer, de que el gran duque, que entonces tenia trece años, tomara horror á Moscou; así es que se retiró al convento de la Trinidad, donde permaneció desde setiembre hasta noviembre. Un mes despues de su regreso, ciego de ira, mandó prender al príncipe Andrés Schuisky y dió orden á sus perreros de que lo maltrataran por las calles de Moscou á presencia del pueblo y le dieran cruel muerte.

«Desde entonces — dice una crónica — los boyardos empezaron á temer y á obedecer al Gossudar.» Los Schuisky y sus partidarios huyeron; ellos, ante quienes temblaba todo el mundo, vieron desterrados y suprimidos, y algunos, como por ejemplo el alto funcionario palatino Buturlin, á quien se cortó la lengua, fueron mutilados. El régimen de gobierno personal que comenzaba á imponerse, no podía dejarse sentir mas que por violentas sacudidas. Ivan era un niño y no podía gobernar por sí solo, de suerte que en el sistema de gobierno no se introdujo ninguna modificación esencial: el consejo de los boyardos siguió cuidando de los asuntos del reino, y de la iniciación de Ivan en ellos se hablaba tanto menos, cuanto que él mismo no se sentía muy inclinado á tales cuidados. Al gran duque se le dejó que se entregara libremente á los placeres y en ellos mostró tal pasión por las mas brutales crueldades, que los boyardos hubieran debido pensar en las consecuencias. El que á los doce años se entretenía arrojando animales desde las alturas del Kremlin para recrearse contemplando sangre y viendo agonizar en medio de las mas terribles torturas á sus pobres víctimas, á los quince cabalgaba en compañía de algunos camaradas por las calles de Moscou para atropellar y herir á cuantos encontraba en su camino. Estas bárbaras aficiones no se extinguieron cuando el gran duque salió á campaña por vez primera (1546) al frente de su ejército.

Temíase á la sazón un ataque por parte de los tártaros de Crimea y como siempre que tal peligro amenazaba habíanse concentrado las tropas en Kolomna; mas como el enemigo no se dejó ver, los tres meses que allí pasó Ivan no fueron para él mas que una escuela, donde aprendió nuevas crueldades. Allí también se encontró el gran duque en frente de la primera resistencia: unos cincuenta tiradores nowgorodes cuyas quejas no quiso escuchar Ivan y á quienes ordenó que se disolvieran, se negaron á obedecer su mandato, entablándose entre ellos y los cazadores que seguían á Ivan un combate formal en el cual perecieron unos diez hombres de ambos campos. Ivan mandó abrir una información, no sobre las quejas de los nowgorodes, sino en averiguación de quién les había soliviantado y habiendo sonado los nombres de un príncipe Kubensky y de aquel Woronzoff cuya vida había salvado con su intercesión en otro tiempo, hízoles dar muerte sin interrogarles siquiera, y eso que en los últimos tiempos sus preferencias por Woronzoff habían hecho que éste se tuviera por amigo del soberano. Aquí se nos presenta una de las particularidades características del gran duque, á saber: que los mas allegados le eran en el fondo tan indiferentes como la masa de su pueblo. Nunca conoció el sentimiento de la amistad y en su carácter no hay un solo rasgo que pueda servir de prueba de que la conciencia de su situación desarrollara en su alma una especie de sentimiento del deber. Las crónicas dicen, por el contrario, que á su paso por las grandes ciudades del reino se desentendía de todos los asuntos de go-

bierno y que únicamente mostraba interés por las prácticas externas del culto, entregándose con gran fervor á la oración en las iglesias y en los conventos. «Salió de nuestro país — dice un cronista pleskovio — en dirección á Moscou, sin haber proveído á nada. Pasó todo el tiempo cazando en trineo y haciendo daño á los cristianos.»

Nada tiene, pues, de extraño que dado este régimen se calmaran por fuerza las tendencias agresivas que en otro tiempo formaron parte integrante de la política rusa. Los tártaros de Crimea, Kasan y otros que ocupaban las fronteras orientales y meridionales del reino moscovita no cesaron un momento de atacarlo. En estas luchas nada importante sucedió por una ni por otra parte y únicamente pudo notarse en ellas que los vaivodas de Ivan apenas tuvieron fortaleza bastante para tener á raya á los enemigos. Si las consecuencias de todo ello se redujeron á las usuales devastaciones del territorio ruso, debióse mas que á la superioridad de Moscou á las discordias intestinas que tenían divididos á aquellos bárbaros. Merece consignarse el hecho de que entonces se entablaron por vez primera relaciones directas con el sultan.

En 1542 renovóse con Lituania aquel armisticio que había dejado en pie los antiguos antagonismos, sin que Moscou sufriese por este lado perjuicios reales: la apatía de los Estados vecinos mas que la actividad de los Glinki y de los Schuisky había evitado las pérdidas que en otro caso hubiera podido experimentarse. Las masas de eslavos rusos unidos bajo la soberanía de Moscou y acostumbrados á una obediencia ciega, constituían un peligro que no había deseos de conjurar. La gran cuestión del porvenir era ver si el gran duque, que ya iba siendo hombre, á pesar de lo descuidada que había sido su educación moral é intelectual, daría pruebas de tener fuerza suficiente para hacer uso de las armas que la situación, no quebrantada en sus fundamentos, había puesto en sus manos.

Ivan pudo inaugurar su gobierno con un poder tan absoluto como ningún khan de Sarai lo había tenido.

CAPITULO II

AUTOCRACIA Y TRANSFORMACION

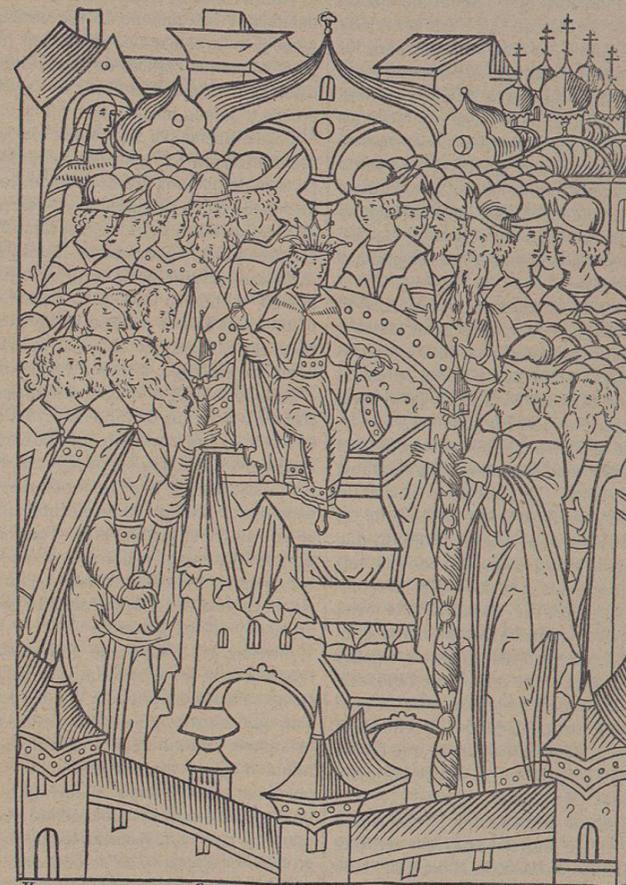
Cuando Ivan cumplió los diez y siete años formó el firme propósito de gobernar por sí mismo, y así se lo manifestó antes que á nadie al metropolitano, diciéndole que quería casarse y hacerse coronar czar, título que deseaba llevar en lo sucesivo. Así como el matrimonio era la expresión del convencimiento de ser ya un hombre y de no necesitar por tanto la dirección tutelar, el proyecto de adoptar aquel título ocultaba una pretensión política de gran trascendencia. El título de czar era el que llevaban los soberanos de aquellos reinos tártaros que habían salido de la horda de Oro y daba al que lo poseía la omnipotencia que en los Estados orientales suele concederse al príncipe reinante.

En Moscou, donde se daba á la cuestión de título y de forma mayor importancia que en ninguna otra parte y donde se sabía mantener con sin igual tenacidad las pretensiones una vez formuladas, todo el mundo estaba convencido de que la dignidad de czar significaba una mayor elevación del gran duque sobre sus parientes y súbditos y una amenaza á la independencia de Kasan, Astracan y Crimea.

«Con gran alegría — dicen las crónicas — se enteraron los boyardos por el metropolitano de las intenciones de su soberano,» pero bien podemos añadir que su satisfacción disimulaba una buena dosis de miedo, pues en mas de una ocasión habían podido apreciar el salvaje é inconsiderado apasionamiento de Ivan. El gran duque llevó á cabo sus proyectos con inusitada rapidez.

La coronación de Ivan como czar verificóse el día 16 de enero de 1547, en medio de ceremonias religiosas que aumentaron á los ojos del pueblo la solemnidad del acto con el cual arrebató á los enemigos de la fe cristiana, á los tártaros, el título en que fundaban sus pretensiones. El gran duque de Moscou, como heredero del khan, se puso en lugar de éste y se identificó con sus aspiraciones. Ya cuando

el desdichado Dmitri fué designado como sucesor de su abuelo, Ivan III le aplicó el título de czar, y así como sus contemporáneos enlazaron con este título las mas absurdas pretensiones, sacando del Apocalipsis pruebas de que todas las soberanías del mundo estaban condenadas á fundirse en el imperio del czar, del mismo modo los coetáneos de Ivan IV, animados por iguales ideas, resucitaron el recuerdo de las



По благословению Отца своего Великого Князя Василия Ивановича, возшесть на престолъ Царя Ивана Васильевича.

Entronizamiento del czar Ivan Wassiljewitz, bendecido por su padre el gran duque Wassili. Facsímil del dibujo que representa la ceremonia en una antigua crónica rusa.

antiguas relaciones con Constantinopla y reprodujeron la leyenda de las insignias de la coronación que se pretendía haber sido enviadas por el emperador Alejo al gran duque Wladimiro Monomaco. Qué valor dió Ivan á todas estas circunstancias se desprende del hecho de haber pedido en la primera ocasión que se le presentó (1561) al patriarca de Constantinopla que ratificara expresamente su parentesco con la dinastía imperial bizantina y sus derechos á la corona del imperio. Ivan había insistido en que esta ratificación la hiciera el patriarca no solo personalmente, sino por medio de un concilio convocado *ad hoc*, y tuvo el placer de ver satisfecho su deseo, considerándose desde entonces como legítimo sucesor de los emperadores bizantinos, como el soberano de la tercera Roma desde que la segunda (Constan-

tinopla) cayó en poder de los infieles. Esto no obstante, negóse á ser nuevamente coronado por los embajadores del patriarca que llegaron á Moscou en setiembre de 1562, para no significar, ni siquiera en la apariencia, que correspondía al patriarca una situación como la que el Papa había pretendido tener sobre los emperadores. El patriarca Joasaf decía en el documento que promulgó en aquella sazón: «No solo la tradición transmitida y conservada por hombres fidedignos, sino también las crónicas demuestran que el actual soberano de Moscou desciende de la inolvidable czarina Ana, la hermana del emperador Constantino Porfirogénito, y que el metropolitano de Efeso coronó como czar al gran duque Wladimiro plenamente autorizado por el concilio de Constantinopla.» Esta confirmación del título de czar fué de gran

importancia para las relaciones de Moscú con el cristianismo de Oriente: el nombre de czar incluido en las peticiones de la Iglesia valía tanto como el de patrono. «Todos los pueblos del Oriente ortodoxo comenzaron a mirar al czar moscovita como jefe y representante de su Iglesia, como único y verdadero defensor y patrono de ésta, y las tribus sojuzgadas por los turcos esperaban de él el restablecimiento de sus antiguas libertades e independencia.» Ante los ojos de Ivan abríanse horizontes ilimitados que ninguno de sus sucesores perdió de vista; pero la idea que en Rusia prevalecía entonces era la de que el título de czar tenía un carácter hostil para los tártaros. La crónica nowgorode observa sobre esto lo siguiente: «Y se llamó czar y gran duque, y se mostró autócrata poderoso de toda la grande Rusia y todos los países paganos entraron en temor. Con las masas mostró prudencia, corazón esforzado y mano enérgica. Su cuerpo era vigoroso y sus pies ligeros como los de una pantera, como su abuelo el gran duque Ivan Wassiljewitz. Ninguno de sus antepasados se había atrevido a proclamarse czar y a darse este nombre, pues temían la envidia y que los paganos pudieran levantarse contra ellos.»

Inmediatamente después de la coronación verificóse el matrimonio: la revista de novias, como la efectuada también en el imperio de Constantinopla, puso ante los ojos penetrantes del joven czar a todas las bellas de Rusia, habiendo sido la preferida Anastasia, hija del *okolnitschi* (gentil-hombre de cámara) Roman Jurjewitz Sajarin, hombre cuya familia no podía pretender igualarse con las ilustres de los boyardos y de los príncipes. Aquella familia había llegado a Moscú, «procedente de Prusia» (1), guiada por Alejandro Newsky, y el primer individuo de ella que desempeñó un papel político fué el tío de Anastasia, Miguel Jurjewitz, que gozó de la confianza del gran duque Wassili Iwanowitz. Las bodas del czar se celebraron el día 3 de febrero y las crónicas de aquel tiempo vienen llenas de alabanzas a la joven princesa. Los hechos demuestran que Anastasia ninguna influencia ejerció sobre su esposo, el cual, fuera de algunas prácticas religiosas que no pasaban de meras exterioridades, prosiguió la malvada conducta de los últimos años. Los negocios de Estado continuaron al cuidado de los Glinski, y si alguna vez llegaban hasta el czar las quejas que el mal gobierno promovía, los querellantes en vez de ayuda no obtenían más que malos tratos y violencias.

Una serie de conmovedores sucesos produjo un cambio en la situación. En 12 y 20 de abril de 1547 dos terribles incendios devastaron la ciudad de Moscú; el día 3 de junio se desprendió la gran campana, lo cual tuvieron por mal agüero los aterrados contemporáneos y el terror se apoderó del czar y del pueblo cuando en 21 de junio estalló un tercer incendio, mucho más horroroso que los anteriores, que redujo a cenizas toda la ciudad. Mil setecientos adultos y un número considerable de niños perecieron en las llamas, se quemó el palacio del czar y el mismo soberano y el metropolitano estuvieron a punto de perder la vida. Como sucedía siempre en tales ocasiones, aquellas calamidades fueron atribuidas a malos hechizos. Los enemigos de Glinski hicieron correr la voz de que la familia de este odiado gobernante tenía la culpa de cuanto ocurría y el pueblo decía que la abuela del czar, Ana Glinski, había arrancado los corazones de los cadáveres, los había puesto en maceración en agua y

(1) Bajo esta denominación debe entenderse que se trata de Nowgorod, según con gran verosimilitud se ha probado recientemente. Había en Nowgorod un camino prusiano; el gran camino militar de Nowgorod a Pskow se denominaba prusiano, y los que allí habitaban eran simplemente designados con el nombre de «los prusianos.» Véase Petroff: *Historia de las familias nobles rusas*, San Petersburgo, 1886.

había rociado con ella las calles de Moscú, produciéndose así el incendio. Cuanto más absurdas eran las invenciones, tanto mayor crédito se les daba, y fué tal la indignación popular, que las masas asesinaron en la iglesia al tío de Ivan, Juri Glinski, y se dirigieron amenazadoras a Worobjowo, donde se había refugiado en los primeros momentos el czar, a quien se exigió la entrega de su abuela, a la cual querían matar, como a todos los que llevasen su odiado nombre.

Ivan no mostró en aquellos críticos momentos la menor debilidad y este fué uno de sus principales méritos: pronto y enérgico en tomar una resolución hizo prender y ejecutar en el acto a los corifeos de la multitud, que en seguida se disolvió, pues más fuerte que la ira y que la superstición era en ella el miedo innato que tenía al czar.

Puede tenerse por seguro que los que promovieron aquel tumulto fueron los príncipes Schuisky, alentados por la esperanza de que una vez descartados los Glinski, ellos serían los herederos de su posición. Al czar no se le creía dotado de la formalidad y de la perseverancia necesarias para encargarse por sí mismo de las tareas del gobierno; y como dada la manera de pensar y de sentir del pueblo en aquel tiempo, no podían los Glinski pensar en presentarse nuevamente en la escena política, nadie parecía más llamado que ellos, los Schuisky, a empuñar las riendas del poder. Las cosas, sin embargo, sufrieron un cambio inesperado.

Ni los Schuisky ni ningún otro magnate debían heredar la codiciada posición. Cuando empezó a disiparse el humo que envolvía las ruinas de Moscú, dos nuevos hombres aparecieron al lado del czar, el papa (cura) Silvestre y Alejo Fedoroff Adascheff (2), humilde funcionario de la corte de quien nadie hasta entonces había hecho caso.

No cabe duda alguna de que Ivan hacia tiempo que conocía a los dos, pero los horrores de aquellos días de junio les aproximaron a él dándoles ocasión de hacer pesar su influencia en el alma del czar, corrompida por los espectáculos sangrientos y por los placeres.

Silvestre era oriundo de Nowgorod, y según parece, sus relaciones de intimidad con la familia del czar arrancaban de los tiempos del príncipe Wladimiro Andrejewitz. La posición que ocupaba en la iglesia de la Anunciación de Moscú le imponía un trato frecuente con Ivan, cuya afición a la literatura religiosa y a la historia, cultivadas ambas entonces por las mismas personas, le hizo apreciar en todo lo que valía a aquel sacerdote sumamente erudito. Así, cuando éste presentó las calamidades de los últimos días como un castigo de Dios, encontró en el alma agitada del joven soberano el terreno convenientemente preparado para recibir las amonestaciones del cura, inspiradas en la más severa moral. En todo esto entró también por mucho el misticismo: en efecto, Silvestre amenazó con nuevos castigos de la divina justicia, apeló a la revelación que por medio de visiones le había sido hecha y muy pronto se apoderó tan por completo del alma del czar, que éste, según él mismo manifiesta, se le sometió enteramente sin saber a ciencia cierta por qué. Un historiador ruso dice muy acertadamente que Silvestre dominó a Ivan como un magnetizador domina a sus magnetizados. El soberano no se atrevía a dar un paso contra la voluntad del cura y «comía, bebía, vestía y vivía ajustándose a sus doctrinas.»

Una de las primeras medidas adoptadas por aquellos dos hombres nuevos fué alejar de la corte a las personas a cuya

(2) Petroff en su obra citada, pág. 93, pretende que Adascheff descendía de la familia de los príncipes de Jaroslaff; pero esta relación de parentesco, caso de que realmente hubiese existido, estaba completamente olvidada en tiempo de Alejo Adascheff. Por lo menos, nada sabían de ella los contemporáneos.

maléfica influencia había estado sometido el czar hasta entonces y rodear al soberano de otras identificadas con sus tendencias. Muy pronto fué de todo punto imposible la menor oposición contra ellos. «Nadie — dice el libro de los czares — se atrevía a resistir a Silvestre, ni el metropolitano, ni los obispos, ni los demás sacerdotes, ni los boyardos ni los hijos de boyardos. A pesar de no ser más que un simple papa, reunió en sus manos el poder espiritual y el del czar.» Y el mismo Ivan escribía algún tiempo después, cuando ya se había emancipado de su dominación: «Yo era soberano pero de hecho carecía de soberanía, pues no solo querían tenerme sumiso y obediente, sino también dominarme y gobernar como mejor se les antojara, despojándome de mi poder.»

Pocos datos tenemos acerca de los hombres que al lado de aquellos dos figuraban: el principal de ellos parece que era el príncipe Dmitri Kurljateff, siendo los demás gente insignificante que aun menos que el consejo de los boyardos podía pensar en oponer resistencia a la voluntad de los regentes. También entonces el pueblo siguió ciegamente la dirección que en nombre del czar se le trazaba desde la corte, y los que solo veían el aspecto externo de las cosas creyeron que realmente el joven czar sentía en su alma nuevos y mejores impulsos. Los círculos de la corte tomaron un carácter virtuoso y casi ascético y todos los asuntos interiores del reino fueron tratados desde un punto de vista moral y religioso. El gobierno parecía decidido a rejuvenecer la vida del Estado, asentándola sobre nuevas bases: en Moscú se reunieron sínodos encargados de recoger las muchas historias locales de las vidas de los santos, de examinar hasta qué punto eran fidedignas y de fijar de una manera definitiva los días festivos para toda Rusia, a fin de restablecer la unidad religiosa del imperio, que amenazaba quebrantarse. Estos sínodos se reunieron en 1547 y 1549 y en este último año volvió a ser convocado el clero entre el 1.º de setiembre y el 23 de noviembre; pero esta vez se le agregaron representantes de todas las clases, príncipes, boyardos, guerreros y diputados de las ciudades, constituyendo entre todos una asamblea respecto de la cual es difícil decir qué puntos de vista se tuvieron en cuenta para su reunión. Lo único que con seguridad se sabe de ella es que prevaleció el elemento eclesiástico y que debe ser considerada como procedente de los sínodos. Por los elementos de que se componía y por la misión que le fué encomendada en nada se parecía a las asambleas análogas de Occidente: su carácter fué puramente moscovita y el hecho de que se reuniera allí una representación de todo el pueblo no dió origen a derecho alguno para éste ni significaba disminución o limitación de la omnipotencia del czar.

Hasta el objeto para que fué convocada aquella asamblea podía considerarse por su originalidad como único en su clase: la reconciliación solemne del czar con sus súbditos era el fin que con ella se perseguía, pero al propio tiempo se trataba de anunciar un cambio en los principios fundamentales que servían de norma al régimen del Estado.

El día señalado y mientras el pueblo esperaba impaciente y lleno de ansiedad en la plaza de las ejecuciones de Moscú los sucesos que iban a realizarse, se presentó Ivan acompañado de un séquito imponente de sacerdotes, boyardos y guerreros escogidos. Después de haberse entonado el himno religioso, el czar dirigiéndose al metropolitano le dijo: «Yo te suplico, santo obispo, que seas mi ayuda y me atraigas el amor de mis súbditos. Sé que procuras todo el bien. Tú sabes que a la edad de cuatro años perdí a mi padre y a la de ocho a mi madre; mis parientes me abandonaron y mis poderosos boyardos y los magnates de mi imperio me causaron muchas aflicciones. Arbitrariamente se dieron a sí mismos

en mi nombre honores y dignidades y fueron egoístas, ladrones y soberbios. Yo era sordo y mudo y no hacía justicia porque era joven y me veía sin ayuda, y ellos gobernaban. ¡Oh vosotros, repugnantes malvados y ladrones, vosotros jueces injustos! ¿qué disculpa dareis por todas las lágrimas que por culpa vuestra se han derramado? Mis manos están limpias de esta sangre, pero vosotros, ¡esperad el tribunal de Dios!» Después volviéndose a todos lados añadió: «A vosotros, hombres de Dios que el Señor me ha concedido, os pido vuestra fe en Dios y vuestro amor. Yo no puedo ya evitar que haya acontecido el mal que siendo yo joven y estando desamparado, se os ha hecho por la crueldad de mis boyardos y servidores, por haberseos negado la justicia, por la injusticia, la codicia y la corrupción. Sin embargo, una cosa os suplico: abandonad las antiguas enemistades y perdonaos mutuamente: cuando se trate de cosas importantes y cuando surja una nueva lucha, quiero yo mismo ser el juez, en cuanto sea posible; quiero defenderos, destruir la injusticia y restituir lo que haya sido robado.»

El mismo Ivan resumió después en las anteriores palabras el contenido de su discurso, manifestando que delante de todo el pueblo se había golpeado la cabeza y que la asamblea le había bendecido y perdonado sus culpas. Comprometióse también a promulgar un nuevo código (1).

No se sabe de una manera concreta cómo se verificó la reconciliación entre Ivan y el pueblo, de la que tantas veces habla en posteriores tiempos el soberano, pero probablemente se haría por medio de aclamación tumultuaria, después de la cual, según directamente se atestigua, el czar declaró que también él perdonaba a los boyardos y a sus servidores y que no quería en lo sucesivo pensar en sus crímenes.

Silvestre y Adascheff, autores morales de aquella manifestación nunca vista pero que se comprende dentro del orden de ideas genuinamente ruso, justificaron por medio de ella públicamente la nueva tendencia que había de presidir a la futura dirección del Estado. Toda Rusia supo que los boyardos que hasta entonces habían estado al lado del czar eran los culpables de las calamidades de los años anteriores y al propio tiempo que la situación en que de hecho se colocaban Silvestre y Adascheff respondía a la voluntad del czar, con lo cual quedó debidamente legalizada. La irritación que Ivan sentía contra los boyardos se avenía perfectamente con los propósitos que abrigaba Silvestre, pues que su influencia y la de sus correligionarios solo podían sostenerse con la desgracia de aquellos. Dos medios había para este objeto: o bien dar muerte a los boyardos, como tantas veces se había hecho y se hizo después, o desprestigiarles a los ojos del pueblo y tenerlos alejados del czar. Abandonados por éste, faltábales todo apoyo para lo sucesivo. La humillación que a sí mismo se impuso Ivan condenando públicamente su anterior conducta, quedó compensada por el golpe que recibieron los boyardos.

El cálculo de Silvestre era tan hábil desde el punto de vista psicológico como eficaz bajo el concepto político. Después de la escena de la plaza de las ejecuciones pudo Ivan, sin atraer el odio sobre sus nuevos consejeros, confiar a Alejo Adascheff la importante atribución de recibir todos los memoriales que se dirigieran al trono y preparar la resolución que en ellos había de dictar el czar.

Ya se comprenderá que con la influencia cada día mayor de los dos favoritos que desde entonces dominaron por completo al soberano, no quedó destruido el sistema de la administración política moscovita. Los antiguos órganos, especial-

(1) De esto se desprende que el texto que se ha conservado en el Libro de grados (*Stepennaya kniya*) no es completo, faltando en él precisamente lo principal.